

# Vamos al mar

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez\*

Le habían contado sus amigas que el mar era salado. ¿Cómo el agua podía ser salada?

Agarró un vaso y le puso sal y agua. La probó y le dio asco. ¡Qué locura! El agua no podía ser así. Fue al río y probó el agua. Dulce y fresca. ¡Bah! Eran mentiras. También le dijeron que a la orilla del mar había arena, que es diferente de la orilla del río donde hay tierra. ¿Cómo sería la arena? Tal vez era arena movediza y se la tragaría. Había visto un programa de televisión y así pasó. Eso daba miedo.

Le hablaron del sol en la playa, dijeron que quema la piel. Bueno, eso es creíble porque en todas partes si te asoleas, te quemas. Trataba de imaginar todo eso junto y le aparecía la orilla de su río inmenso, rugiente, con vegetación tan verde y la lluvia interminable. Los barcos pasando con grandes banderas de colores. El viento meciendo su falda y revolviendo sus cabellos. Aquel olor a musgo, su tío cargando una batea con los pescados recién sacados del río. De seguro los van a cocinar con ajos y cebolla. Ya se le hacía agua la boca. Pero ¿el mar? ¿Todo esto lo podría vivir allá?

La promesa de ir a conocer el mar en el verano la ponía a pensar en una y mil cosas. Dijeron que necesitaba un traje de baño. ¿Para qué? En el río podías entrar con pantalones cortos y camiseta, o hasta en calzones; ¿qué afán de una ropa especial para meterte al agua salada? ¿Sería por eso, por lo salado? Porque también dijeron que esa agua era tibia. ¡Qué raro! El agua del río era fría y podías sentir como pasaba por tus piernas, por tus brazos iba la corriente y debías nadar firme o si estabas en la orilla, afianzarte bien porque el agua te llevaba.

Faltaban dos meses para salir de vacaciones de la escuela y todo ese tiempo no hizo más que pensar en todo lo que haría. En un cuaderno que tenía muchas

hojas buenas, se puso a dibujar cómo se imaginaba lo que iba a conocer.

Entonces dibujó a su mamá y le puso un delantal de color naranja que usaba y en las bolsas tenía toda clase de utensilios: las horquillas para tender la ropa, un trozo de hilo de bordar, un botón y también traía las pinzas de las cejas porque a ratos se detenía frente al espejo del recibidor y sacaba algún pelito desordenado. Con ese delantal se veía tan bonita su mamá. Su papá también estaba dibujado, pero no halló como hacer su cara porque era muy enojón y era feo ponerle la cara así. Mejor lo puso todo rayoneado, dijo que estaba en lo oscuro y por eso no se alcanzaba a ver la cara. Dibujó su casa y también el río. La parte a donde no debían ir también la dibujó: ahí había cocodrilos y decían que se comió un niño hacía muchos años. Ella nunca había visto un cocodrilo y sabía que si veía alguno debía correr a su casa.

Fueron al centro de la ciudad y su mamá le compró el traje de baño. Era de colores muy llamativos porque dijo que entre tanta gente no se fuera a perder. Se sentía como sirena con ese traje tan apretado. También le compró unas sandalias y una blusa muy colorida. Hizo un dibujo con el traje de baño puesto y abajo escribió: "Ali la sirenita".

Entonces sucedió lo que nadie esperaba. Su abuelo enfermó gravemente del corazón. El corazón se rompió, dijo el doctor. Tuvo un infarto. No sobrevivió. Hicieron una despedida muy triste y la abuela estaba desconsolada. Fue a pasar unos días a su casa y compartieron la cama. Por más que la abrazaba y le contaba lo que pasaba en la escuela, los chismes de sus amigas, ella seguía cabizbaja.

Llegaron las vacaciones y su papá dijo que también iría la abuela. Resulta que ella tampoco conocía el mar. ¿Tantos años y no has ido a la playa? Es que no se acostumbraba eso antes. ¡La niña estaba más emocionada cada día! Ahora serían dos las que incursionarían en ese mundo que decían era salado.

\* Autora del libro *Lo que parece, es*. Ha colaborado en publicaciones como *A lápiz*, *Nosotras*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, así como en varias antologías de cuentos. Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la Educación.

El día que viajaron era viernes. Salieron al amanecer. Su mamá preparó unos tacos para el camino. No estaba cerca, más bien duraron varias horas en la carretera. Como a las diez de la mañana almorzaron y su papá se detuvo en una gasolinera, compró refrescos y fueron al baño. Continuaron el viaje. El panorama empezó a cambiar. Los árboles eran diferentes a los que conocía. Dijo su mamá que eran flamboyanes. En su ciudad había algunos parecidos, pero eran altos, los sembraban en las plazas, aquí estaban nacidos libremente. Había montones. Se daban más chaparros, como si las frondas espesas fueran techos para cubrirse del sol. Había palmeras con cocos. Dijo su papá: ya vamos a llegar. De pronto a la distancia vio como un espejo inmenso en el suelo. Azul. De un azul que no se imaginaba que sería. Estaba todavía muy lejos, de modo que no se veía el oleaje, no lo veía moverse.

“¡Papá! ¿Eso es el mar?”. La abuela levantó la cabeza para poder ver. “Eso es el mar, sí”. Luego empezaron a aparecer unos cerros, pero pequeños, como lomas, y ya no se vio el agua. Después, el caserío, unos negocios que ofrecían pescado, frutas, cerveza, también vendían sal. ¿Por qué venden sal?

Su mamá le explicó que hay algunos lugares que se llaman salinas y que juntan la sal y la venden en grano, que es muy buena sal. “Ya veremos”, dijo. Llegaron al hotel donde se quedarían, bajaron las cosas del carro y se registraron. Se moría por ir a ver de cerca el mar. Apenas dejaron todo y la abuela dijo: “vamos, yo también quiero ver eso”.

El mar estaba ahí, a unos pasos, detrás del hotel. Había varios árboles de mango con los frutos casi listos para comerlos. Se quitó los zapatos y vaya, qué sensación tuvo en los pies, los granos de arena se desplazaban alrededor como si estuvieran

vivos, se movían acomodándose a los dedos. Se agachó y tocó la arena, y se desmoronaba despacio. Su abuela traía zapatos así que le dijo: “Camina descalza para que sientas, no se te van a ensuciar los pies”. También había un olor que no conocía: ni siquiera sabía a qué olía. Pero de que era diferente al del río, sí que lo era. El río era humedad y el mar, solazo, pescado, ramas secas, hasta se imaginó que olía la sal. Ahora tenía que pensar cómo iba a dibujar lo que veía. Tarea difícil sin duda.

La abuela empezó a llorar y dijo: “Hubiera querido traer a tu abuelito. El no conoció el mar. Yo tan vieja y apenas vine a verlo. Mira, se ve tan grande, quién sabe hasta dónde llega. Se me acaban los ojos viendo al infinito. Se junta allá lejos con el cielo. Hasta se confunde un azul con el otro”.

“Pero no llores, yo entiendo que no es justo que hasta ahora vengas a conocerlo y mi pobre abuelo nunca lo vio, pero mira, si sigues llorando vas a hacer crecer esto y nos vamos a inundar”. Al decirle eso, le dio risa y dejó de llorar y mientras tanto, ella caminó rumbo al agua. Las olas iban y venían plácidamente. Una la alcanzó y sintió la tibieza, se formaron globitos pequeños y cuando chocaban con sus pies, se desvanecían las burbujas. Como no queriendo la cosa probó el agua. ¡Que sí era salada! “Abuela prueba el agua, ¡está bien salada!”.

Una por una iba confirmando las cosas que le habían dicho sus amigas. Ojalá no se quemara mucho con el sol. A esas alturas se le había mojado la ropa de tanto chasquido que daban las olas pero estaba contenta de poder andar con su abuela y conocer el mar al mismo tiempo.